EL CATECISMO «ESTA ES NUESTRA FE, ESTA ES LA FE DE LA IGLESIA»

Claves para su interpretación

ANTONIO CAÑIZARES LLOVERA

1. INTRODUCCION

Con la publicación, en 1987, de *Esta es nuestra fe. Esta es la fe de la Iglesia. Tercer catecismo de la comunidad cristiana*[1], la Conferencia Episcopal Española alcanzaba una meta muy importante en su empeño por renovar los catecismos oficiales de la Iglesia en España.

Este catecismo hay que considerarlo como un punto de llegada porque aparece al final de un proceso de trabajo de reflexión en la catequesis para responder a la doctrina y orientaciones pastorales del Concilio Vaticano II. La reflexión conciliar de la Iglesia universal acerca de la evangelización y de la catequesis queda históricamente enmarcada en la década de los años setenta, y su aplicación a la Iglesia en España en los primeros años de nuestra década principalmente. En estos documentos queda patente un concepto de catecismo y de catequesis al que no se podría haber llegado sin las experiencias, hipótesis de trabajo y tanteos durante el primer período posconciliar[2]. Es ese concepto de catecismo y de catequesis el que inspira enteramente el catecismo que aquí se intenta analizar.

Nos encontramos, sin duda, ante un documento de capital importancia para el servicio de la fe de nuestro pueblo, un instrumento de gran alcance y de honda significación para la vida de la Iglesia en las actuales circunstancias. Tengo la impresión, sin embargo, de que no está siendo valorado e implantado suficientemente. Tras casi dos años de andadura, parece que

1 Conferencia Episcopal Española, *Esta es nuestra fe, Esta es la fe de la Iglesia* (Madrid 1987).

2 Cf. F. Ferrer Lujan, 'Estructura y dimensión pedagógica del catecismo «Esta es nuestra fe, esta es la fe de la Iglesia»', *Actualidad Catequética* 132 (1987) 27-28.

ha sido recibido, pasados los momentos iniciales, con poco calor y escasa convicción, incluso por parte de aquellos de cuya responsabilidad en la catequesis cabría esperar un mayor impulso y apoyo a la divulgación y utilización de este catecismo entre las comunidades cristianas [3].

No obstante esta valoración genérica, aunque no retórica, tanto del catecismo como de su recepción, mi propósito al escribir este trabajo no es de valorar sino de ofrecer unas claves de interpretación que nos permitan situarnos ante él [4].

2. Claves de interpretacion

Entre las múltiples claves que podríamos tener en cuenta a la hora de interpretar el sentido del catecismo «Esta es nuestra fe», pienso que hay dos de ellas que merecen especial atención; ambas son, por lo demás, las claves utilizadas en el estudio e interpretación de textos. Se trata, en primer lugar, de situar este texto dentro de su contexto histórico-cultural y eclesial en el que surge. Y, en segundo lugar, de tratar de comprenderlo dentro de las orientaciones actuales de la Iglesia en materia de catequesis.

3. Contexto socio-cultural y eclesial

Puede resultar extraño que, para comprender este catecismo, trate de situarlo en la *situación* histórica en que está inserto, cuando precisamente una de las acusaciones que se le hacen es de atemporal, poco antropológico y con escasa sensibilidad al diálogo con los hombres y mujeres de hoy y con la cultura de nuestro tiempo. Sin embargo no podemos comprender este catecismo y su intencionalidad sin tener en cuenta qué es lo que está sucediendo en nuestro entorno.

El catecismo no es una pieza aislada en el conjunto del magisterio y de la reflexión de nuestros obispos, que son los autores responsables de este «Libro de fuentes de fe» para la catequesis. En el magisterio reciente de nuestros obispos encontramos abundantes análisis de situación y orientaciones pastorales para la misión de la Iglesia en los momentos presentes.

Raro es el documento episcopal de los últimos años que no ofrezca un diagnóstico de la situación, pero de manera particular merecen destacarse los de *Testigos del Dios vivo, Católicos en la vida pública* y *Anunciar a Jesucristo con obras y palabras;* en todos ellos hay unas líneas convergentes y complementarias sobre «la sociedad española en la que nuestra

3 Sería muy importante para una mayor y mejor implantación del catecismo que hubiese un seguimiento muy directo y asiduo de la recepción del mismo y que se contase con datos sobre él.

4 Sobre la presentación y características generales del catecismo Cf. *Actualidad catequética* 132 (1987).

Iglesia vive y se realiza, de la que se siente solidaria y a cuyas necesidades y expectativas pretende responder desde el Evangelio, con su vida y con su palabra» [5].

No voy a reproducir aquí esos análisis. Sólo voy a referirme a algunos diagnósticos sobre la situación cultural que pesan notablemente en la orientación del catecismo *Esta es nuestra fe.*

Sin ignorar los muchos factores positivos, en toda su significación e importancia, que se dan en la cultura actual [6], los Obispos manifiestan una conciencia lúcida y un juicio preciso de la crisis cultural y espiritual que atraviesa nuestra sociedad; una crisis que no afecta de manera superficial o parcial a aspectos o dimensiones del pensar y del obrar humanos, sino que afecta hondamente y se extiende a la práctica totalidad de facetas de la vida humana.

Hay síntomas de que se ha implantado un modo de vida falto de convicciones sobre el ser profundo del hombre, con notable pérdida de capacidad, incluso, para preguntarse por el origen y último sentido de la vida, y con una crisis honda de verdad, de confianza y de sentido. Se ha generalizado una forma de vida dominada por el pragmatismo, por el consumo y disfrute del mayor número posible de cosas, por el materialismo teórico-práctico y el culto al bienestar como norma suprema de comportamiento. La sociedad española está afectada por una tendencia hacia el rupturismo y la innovación, por una pérdida de las referencias al pasado y al futuro, por un desarraigo de toda tradición heredada y por un miedo al futuro; la polaridad «conservador-progresista» sustituye en la práctica a la condición de falso o verdadero, perjudicial o beneficioso; se exalta la libertad omnímoda e indeterminada del individuo como valor supremo en función del cual se zanjan todas las demás cuestiones; se tiene alergia a las decisiones irrevocables y no se admiten compromisos definitivos vinculantes [7]. «Este espíritu, ampliamente difundido entre nosotros, es más propenso a la incredulidad que a la fe, al pragmatismo que a la esperanza, al egoísmo que al amor y a la generosidad» [8].

De todo esto surge un modelo cultural que tiene como ingrediente importante la negación práctica de Dios como punto central de referencia para la totalidad de la vida del hombre y de la sociedad, tanto en el campo del pensamiento y de las ideas como del comportamiento y de las relaciones sociales, tanto en la conciencia personal como en la colectiva. Una cultura de la increencia o de la indiferencia religiosa, del rechazo o del olvido de

5 Conferencia Episcopal Española, *Anunciar a Jesucristo con obras y palabras* (AJ). Plan de acción pastoral para el trienio 1987-1990 (Madrid 1987) n. 14.
6 CC, 154; AJ, 17.
7 AJ, 24, 25; CC, 155-158.
8 TDV, 27.

Dios «quiebra interiormente el verdadero sentido de las profundas aspiraciones del hombre y altera en su raíz la interpretación de la vida humana y del mundo, debilitando y deformando los valores éticos de la convivencia» [9]. Desligado el hombre de su intrínseca vinculación a Dios, el comportamiento real de los hombres no encuentra apoyo en el valor absoluto y sagrado de la persona humana sino que queda sometido a las cosas y a las leyes que rigen las cosas [10]; y «el respeto a la dignidad de la persona humana fácilmente degenera hasta el punto de considerar al individuo y sus aspiraciones más inmediatas como norma suprema del comportamiento y aún de la estimación de la vida de los demás» [11]. Por esto mismo «los valores morales universalmente reconocidos e invocados, al carecer de su último fundamento, quedan sometidos a la manipulación y entran en contradicción consigo mismos» [12].

La quiebra moral de nuestro tiempo es la expresión de la quiebra del mismo hombre; la crisis moral denota la crisis cultural de nuestro mundo que, a pesar de sus declaraciones humanísticas, provoca «la primacía de las cosas sobre la persona» [13] y hace patente «la imposibilidad que encuentra dentro de sí para reconocer a la naturaleza humana un fin y un sentido sobre el que pueda sustentarse válidamente el discurso moral y el sentido del quehacer humano [14].

Esta situación de crisis o de «agotamiento» cultural no es contemplada por los Obispos ni con amargura ni con decepción, como los hombres sin fe ni esperanza. Al contrario, es contemplada a la luz de la fe, reconociendo que «la voz de Dios también nos llega en medio de las ambigüedades de este mundo» [15], pues «en él se abre paso y actúa la fuerza de su Palabra, por la que todo ha sido creado, en él está presente la eficacia redentora de Cristo y opera el Espíritu Santo que hace nuevas todas las cosas» [16].

Pienso que es necesario afirmar que el diagnóstico hecho por los Obispos sobre el «derrumbamiento» de esta cultura [17], se hace desde una Iglesia sencillamente confesante, sin temores ni rechazos, sin complejos y con libertad, apoyados en la modesta sencillez y en la fuerza de su fe en el Dios vivo y misericordioso, animados por la alegría del Espíritu y por el gozo de la dichosa novedad del Evangelio, íntima y realmente solidarios de los hombres de nuestro pueblo, y, por ello mismo, empeñados en el esfuerzo por tras-

9 CVP, 20.
10 Cf. RH, 16; DM, 11.
11 CVP, 21.
12 CVP, 22.
13 DM, 11.
14 Cf. A. Macintyre, *Tras la virtud* (Barcelona 1987).
15 AJ, 14.
16 AJ, 15.
17 Cf. E. Lipovetski, *La era del vacío. Ensayos sobre el individualismo contemporáneo* (Barcelona 1986).

cender y superar los factores deshumanizantes reflejados en la actual crisis cultural. Este juicio «sobre el presente se hace desde un criterio de verdad que no está deducido desde el hombre mismo, aunque se verifica en una experiencia plenamente histórica y, en ese sentido, humana. Ese criterio le es ofrecido y hecho accesible al hombre en la Revelación, esto es, en el acontecimiento de Cristo (y en su permanencia histórica, por medio del Espíritu, en la Iglesia), y en lo que ese acontecimiento nos revela de la verdad de Dios, y por tanto, de la verdad del hombre y del mundo. En el encuentro con ese acontecimiento, el hombre adquiere una conciencia nueva de sí mismo y de su vocación, que le permite reconocer un sentido a las aspiraciones y exigencias esenciales que tiene su corazón a la verdad, al bien y a la belleza, y fundar una racionalidad moral a la medida plena de la verdad del hombre. De ahí surgen unos «principios de reflexión», unos «criterios de juicio» y unas «directrices de acción» con los que discernir la realidad social y trabajar por una cultura más humana. Desde ahí es posible, a la vez, enjuiciar los aspectos de la cultura moderna negativos para el hombre, y salvar o recuperar sus logros y sus aspiraciones más verdaderas» [18]; y desde ahí es posible, al mismo tiempo, ofrecer una nueva propuesta del sentido del hombre y de la vida humana como hacen los Obispos españoles al proclamar: «Los católicos creemos que el último fundamento de estas exigencias morales es únicamente el reconocimiento de Dios como fuente de vida, inspirador de nuestros comportamientos y juez supremo de la vida y de la historia. Por eso creemos también que estamos en condiciones de aportar algo importante al recto ordenamiento y a la pacífica prosperidad de nuestra sociedad» [19].

Creemos asimismo que Dios, el Padre, ha creado todas las cosas por Cristo y en orden a El, y que en El y por El ha querido salvar y reunirlo todo; que Jesucristo, el Señor, es «la clave, el centro y el fin de toda la historia del hombre, donde convergen todos los esfuerzos de la historia y de la cultura» [20]; y que todo, con su ser y su fuerza propios, ha sido salvado, en raíz, por Cristo y así todo está destinado a recibir en El plenitud de sentido y de vida: todo está referido realmente a El, como a su señor y salvador [21], *Hijo de Dios* que, «con su encarnación, se ha unido en cierto modo con todo hombre»; *nuevo Adán* que «en la misma revelación del misterio del Padre y de su amor, manifiesta plenamente el hombre al propio hombre, y le descubre la sublimidad de su vocación» [22]. «El actúa

18 J. Martínez Fernández, 'El pensamiento trinitario de Juan Pablo II', en Semanas de Estudios Trinitarios, *La Teología trinitaria de Juan Pablo II* (Salamanca 1988) p. 184.
19 CVP, 38.
20 GS, 10, 45.
21 Cf. CVP, 42-48.
22 GS, 22.

por su Espíritu sobre toda realidad humana» y «su señorío entra allí donde los hombres ejercen bajo la luz e impulso del Espíritu, la libertad regia de los hijos e hijas de Dios frente a las esclavitudes de una creación sometida a la corrupción del pecado» [23]. El camino, por tanto, que ofrecen los Obispos para la superación de la fractura de humanidad de la situación cultural es el único que podían ofrecer: el de la vocación del hombre en Cristo y el de su realización y salvación en El y por El.

No se trata, en el discurso episcopal, de apelar con esto a una respuesta o a una reflexión teórica más sino de apelar a un espacio, o mejor, a un *sujeto histórico* que viva «una experiencia humana libre con respecto a los conceptos y a las formas de vida creadas desde la cultura exhausta, pero dominante» [24]. Un sujeto histórico desde el que se pueda repensar, reformular y vivir el sentido de la vida y de todas las realidades del hombre, como vocación y fin, dando cuenta de las exigencias, fundantes y fundamentales del corazón humano; un sujeto histórico capaz de proponer una experiencia de vida sólidamente fundada y que pueda ser verificada.

Ese *sujeto histórico* es la Iglesia, continuidad histórica de Jesús que camina hacia el encuentro con el Señor glorificado [25], espacio donde cada hombre concreto puede vivir «desde la certeza de su vocación revelada en Cristo, y de hacer vida esa certeza» [26]. Por esto los obispos —como hizo el Concilio o han hecho los Papas Pablo VI y Juan Pablo II—, en sus mensajes, en sus documentos, en sus orientaciones y programas pastorales, hacen de la renovación de la conciencia en la Iglesia, de su identidad y misión, dentro del conjunto de la sociedad española, objeto preferente de atención y solicitud [27]. «Al proponer la renovación de la autoconciencia (el ser y la misión) de la Iglesia y de su vida» están «propniendo ese *sujeto histórico nuevo* que, porque tiene una fuente de vida más allá de las coordenadas y de los condicionantes culturales de nuestra sociedad —en la Revelación—, es capaz de trascender sus contradicciones» [28], y de ofrecer esperanza a los hombres y mujeres de nuestro tiempo tan necesitados de ella. Esto es lo que buscan los obispos cuando, por ejemplo, afirman que «los hombres de nuestro tiempo, y de manera especial los jóvenes, tienen necesidad de ver en la comunidad cristiana el signo de una vida reconciliada, justa, alegre, algo nuevo y diferente que les ayude a creer en Dios y a buscar en él la autenticidad y la plenitud de sus vidas» [29].

Los hombres de hoy necesitan «ver», les sobran discursos teóricos su-

23 CVP, 48.
24 J. Martínez Fernández, 'El pensamiento...', p. 186.
25 TDV, 17.
26 J. Martínez Fernández, 'El pensamiento...', p. 187.
27 Cf. TDV, 12.
28 J. Martínez Fernández, 'El pensamiento...', p. 188.
29 TDV, 58.

jetos en la hodierna cultura al nuevo juego del mercado de las ideas y realizan su conciencia actuando. Por eso, los Obispos son conscientes de que la respuesta a las inquietudes del mundo contemporáneo no puede ser una reformulación teórica, por ejemplo, de la naturaleza del hombre o de su fin último, sino una experiencia histórica vivida que ponga por obra y realice en la historia la autoconciencia que hace posible la Revelación, y que permita al hombre concreto el «encuentro» con la verdad revelada, y en ella con la verdad más honda sobre sí mismo y sobre el sentido de su vida y su quehacer [30].

El conjunto de las enseñanzas y orientaciones pastorales de los Obispos en esta década está muy determinado por una mirada sobre la Iglesia no tanto desde la preocupación por descubrir qué es lo que se puede hacer eficazmente con ella desde el punto de vista estructural, cuanto por comprender y vivir la Iglesia como esa realidad interior que vive en nosotros, como esa realidad viviente de la que Cristo mismo es su fundamento siempre vivo, como esa realidad en la que se vive y desde la que se piensa y respira. Lo que los Obispos buscan e impulsan es proseguir el camino real emprendido por el Concilio y profundizar su auténtica voluntad a la luz de las experiencias vividas desde entonces, sabiendo que ni el abrazo ni el ghetto con el mundo de hoy pueden resolver el problema de la edad moderna para los cristianos. Se trata de la búsqueda por lograr que «la Iglesia, como diría R. Guardini, despierte en nuestras almas», se renueve interiormente como Iglesia *del* Señor y sea así «en Cristo, como un sacramento, o signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano» [31], sujeto histórico o porción de la humanidad transformada por el Espíritu en que se haga posible y visible la realización de la vocación del hombre, el inicio de la humanidad nueva [32]. Todo ello constituye una llamada a que la Iglesia sea ella misma por una creciente conciencia de sí y de su misión, es decir, por una siempre y permanentemente renovada adhesión a Jesucristo que es la fuente de donde brota su identidad. Ella no existe sin Cristo, su único fundamento, y no volverá a hallar su renaciente juventud sino poniendo interiormente su espíritu en actitud de obedecer a Cristo [33], su cabeza.

La Iglesia crece desde dentro hacia fuera y no al contrario. Ella significa, ante todo, la más íntima unión con Cristo; se forma en la vida de oración, en la vida sacramental, en las actitudes de la fe, de la esperanza y del amor. En los tiempos de las grandes mutaciones y de las grandes demandas y necesidades de salvación y sentido para el hombre, la Iglesia

30 J. Martínez Fernández, 'El pensamiento...', p. 188.
31 LG, 1.
32 TDV, 57.
33 Pablo VI, *Ecclesiam suam.*

siempre ha tenido un mismo recurso: volver a su interior, a su realidad interior que le da vida, volver a lo fundamental y auténtico, convertirse, orar, ajustarse más a las exigencias del seguimiento de Cristo, unirse más estrechamente a la Palabra, a los sacramentos, a la tradición verdadera en una intensa comunión apostólica y católica de todo el Pueblo de Dios guiado por sus pastores en nombre y con la asistencia de Jesucristo el único Pastor de todos en sentido pleno y radical.

«La Iglesia crece desde dentro» es un principio elemental que quiere darnos a entender la expresión «cuerpo de Cristo». «Cristo se da solamente en su cuerpo y nunca como mero ideal» [34]; lo que significa que se da junto con los otros en la ininterrumpida comunión que atraviesa los tiempos, la cual no es otra cosa que su cuerpo. Por ello para responder a las necesidades de los hombres de hoy, y para ser fiel a lo que constituye su ser más propio, ella debe esforzarse cada vez más por ser el lugar donde Cristo puede ser hoy encontrado por los hombres, en la comunión del Espíritu, que se expresa y se ofrece a los hombres, en la comunión del Espíritu, que se expresa y se ofrece a los hombres en todo lo que ella es y hace» [35]. Y por ello, además, la Iglesia, en las actuales circunstancias ha de esforzarse por *ser* cada ver más *ella misma,* en toda su originalidad y novedad, en toda su fuerza de escándalo y poder de provocación, sin «nivelaciones» ni «adaptaciones» a la cultura circundante. «Hace falta que esta Iglesia nuestra, poco acostumbrada a vivir en una sociedad que se mueve fuera de su alcance, desarrolle su conciencia colectiva de coincidencia interior y de diferenciación tan clara como respetuosa de los que no son cristianos y de lo que en nuestra sociedad no es cristiano» [36]. Es la única manera de que ella crezca desde dentro en lugar de verse empequeñecida por lo que viene de fuera y así pueda ofrecer a los hombres la luz que le ilumina y alumbra a todas las gentes.

La Iglesia, para que resulte comprensible y aceptable el mensaje y vida que la «anima» interiormente, debe tener en cuenta, sin duda, las condiciones del hombre a quien se dirige; pero sin acomodaciones ni mixtificaciones simplistas, de modo que no se opere —como quizá está sucediendo demasiado— una secularización interna del cristianismo, de la Iglesia, que le hace incapaz de aportar nada nuevo ni importante a las luchas, a las incertidumbres y a la deseperanza de los hombres [37].

Por ello, los Obispos, desde una constante afirmación de la Iglesia como dimensión específicamente religiosa y acontecimiento de salvación,

34 J. Ratzinger, *Iglesia, ecumenismo y política* (Madrid 1987) p. 8.
35 J. Martínez Fernández, 'El pensamiento...', p. 203.
36 F. Sebastián, 'Construir la Iglesia de hoy y del mañana', *Ecclesia,* nn. 2315-2316, 18 y 25 de Abril (1987) 8 (544).
37 TDV, 22.

señalarán la importancia de que «la Iglesia alcance su propio dinamismo desde sí misma, con el despliegue espontáneo de su vida y de sus actividades, sin ceder a la tentación de replegarse o de acomodar su propia vida dejándose llevar por el temor o la polémica» [38]. Esto requiere, entre otras cosas, «purificación, enriquecimiento y activación de la dimensión estrictamente religiosa y teologal del cristianismo, en los grupos y comunidades», sin dar lugar a «una visión de la Iglesia relativamente cómoda y replegada al sector bien instalado y consecuentemente conservador», sin «identificar prácticamente el cristianismo con la solidaridad de orden político con los pobres» y sin dejar en un lugar muy secundario la vida espiritual y teologal del cristiano, es decir, sin reduccionismos de cualquier género [39].

La aportación específica de la Iglesia no nace de ninguna ideología de este mundo sino que ofrece «el testimonio de la fuerza del Dios vivo que nos salva y que nos hace capaces de vivir ya desde ahora el ideal de vida reconciliada y fraterna que esperamos» [40]. Por esto una respuesta fundamental que señalan los Obispos a la problemática cultural de nuestro tiempo es avivar y fortalecer la experiencia *cristiana* de Dios —que *pasa* por la afirmación y la recuperación en la vida de la Iglesia del misterio trinitario— y la referencia explícita a El, teórica y práctica, como Señor supremo de la creación y de la vida, Creador de todo cuando existe, Redentor y Salvador de todos los hombres por el poder de su gracia, mediante la muerte y resurrección de Nuestro Señor Jesucristo» [41]. En esta respuesta va implicado el servicio de la fe, de esa fe que «profesa y celebra la Iglesia», de esa fe en que somos incorporados por el bautismo a la salvación que está en Cristo, «la fe que nos libera del poder de la muerte y del cautiverio de este mundo, la fe que nos perdona los pecados y nos hace amigos e hijos de Dios, la fuente de nuestra soberanía respecto de las cosas de este mundo y el origen de la verdadera fraternidad. Solamente conservándonos en esta fe bautismal somos cristianos verdaderos» [42]. Se trata, nada más y nada menos, de vivir la vida y el sentido de la nueva existencia, recibida en el Bautismo; en vivir y confesar la profesión de la fe cristiana bautismal, en la que se expresa la razón de nuestra esperanza y la raíz de nuestro existir como Iglesia [43]; de tratar de hacer, todavía más en una sociedad pluralista, «de aquello que es más específicamente cristiano la clave hermenéutica de la realidad y el principio informador de toda la vida» [44]. Propiciar, avivar, despertar, alimentar y mantener esta fe es hacer posible que la Iglesia viva en el

38 AJ, 30.
39 AJ, 31.
40 TDV, 21.
41 AJ, 35.
42 TDV, 19.
43 CC, 164.
44 J. Martínez Fernández, 'El pensamiento...', p. 204.

corazón de los hombres y que el corazón de los hombres viva en la Iglesia y desde ella, por lo que ella significa y desde lo que ella vive.

El servicio de la fe es correlativo e inseparable del fortalecimiento efectivo de la comunión eclesial. Ciertamente «es preciso avivar y estimular todo aquello que contribuya a fortalecer y personalizar más la fe de nuestros cristianos, en los dos aspectos fundamentales de conocimiento y adhesión-conversión... atendiendo sobre todo a lo *fundamental del cristiano*» [45], pero esto es inseparable del cultivo y arraigo en el corazón y en la vida de los creyentes de la eclesialidad, pues «para el cristiano, creer es sinónimo de incorporarse en una tradición viva que surge de Cristo y los Apóstoles y llega hasta nosotros en la vida comunitaria de la Iglesia» [46]. Por esto los Obispos, junto con avivar las raíces de la vida cristiana, se proponen «desarrollar teórica y prácticamente el conocimiento, la estima y la realización del ser de la Iglesia de Jesucristo como misterio de comunión integral con Dios, con los hombres y con el mundo. A la vez hay que impulsar la aceptación de la Iglesia como mediadora de salvación, en su magisterio, en los sacramentos, en la disciplina» [47]. Es necesario, indican los Obispos, superar la actual situación de desafección eclesial y de deficencias en la conciencia y vivencia de la eclesialidad de nuestra fe [48], de incomunicación, de recelos y sentimientos regionalistas que exaltan lo propio y denigran lo ajeno y dan lugar a un cierto grado de fragmentación de la comunidad católica en grupos incomunicados [49]. Se trata de recomponer la unidad, de procurar y favorecer la comunión real y sincera de todos, de hacer posible la justa y fundamental unidad de la doctrina en sus diversas manifestaciones [50].

Es sabido que el centro de la Iglesia está en la comunión. Esta comunión no es sólo la estructura exterior de la Iglesia, sino su esencia más íntima; no es un aspecto parcial, sino su dimensión constitutiva, aquello que la hace ser Iglesia; es don y gracia. «La Iglesia es don de Dios a la humanidad entera y tiene en El su origen: La Iglesia es, ante todo, la comunión de los bienes que, como fruto del amor de Dios, nos han sido dados por el Señor resucitado y que, por la presencia y fuerza del Espíritu Santo, unen entre sí y con Dios a todos los creyentes» [51]. Privada de esta comunicación arraigada en el don trinitario, la Iglesia, una comunidad cristiana, se convertiría en creación humana, sujeta a los criterios meramente humanos, y expuesta a ideologizaciones de toda índole, que seleccionen y

45 AJ, 32.
46 TDV, 32.
47 AJ, 36.
48 TDV, 35-40.
49 AJ, 20.
50 AJ, 32.
51 Comisión Episcopal para la Doctrina de la Fe, *Nota doctrinal sobre cuestiones eclesiológicas* (13 Octubre 1987, nn. 7-8).

aíslen aspectos parciales en detrimento de otros fundamentales. Esto nos lleva a una afirmación, fundamental siempre pero de manera particular hoy: «no puede el hombre hacer la Iglesia; sólo puede recibirla y recibirla de allí de donde ella existe ya, de allí de donde ella está realmente presente: de la comunidad sacramental de su Cuerpo, que atraviesa la historia. ...La Iglesia no es algo que nosotros hacemos hoy, sino algo que recibimos de la historia de los creyentes y que nosotros transmitimos a otros como una realidad todavía incompleta, que sólo alcanzará su plenitud con la venida del Señor» [52].

Esto es fundamental. No tenerlo en cuenta, no valorarlo o rechazarlo es avocarse a la disgregación y fragmentación de la Iglesia en grupos y tendencias contrapuestas e incomunicadas entre sí, es encaminarse a la fractura de la comunión, al apagamiento de la Iglesia en las almas de los cristianos y a la secularización interna del mismo cristianismo. ¿No es acaso algo de esto lo que nos está sucediendo? En este proceso de fragmentarización de la Iglesia, de quiebra más o menos explícita o disimulada de la comunión ¿no estamos asistiendo, de hecho, a la pérdida repentina tanto de la experiencia cristiana del misterio de Dios —la fe en el Dios Trino y en el misterio de la Encarnación y de la Redención—, como del «sujeto histórico cuyo único sentido y razón de ser está en acercar al hombre concreto a este misterio, es decir, la Iglesia»? ¿Podemos, acaso, considerar la Iglesia como una realidad exterior a la experiencia cristiana de Dios, prescindir de ella o vivir instalados en una desafección eclesial más o menos confesada y pretender conservar esa experiencia original y específicamente cristiana? ¿Acaso la Iglesia no pertenece al contenido mismo de la experiencia y de la fe cristiana y a la posibilidad de verificar ese contenido en la propia vida? «Sin la Iglesia como espacio del encuentro con Dios, de la experiencia cristiana vivida, el Dios de Jesucristo puede permanecer como «palabra», como narración de una experiencia del pasado o como doctrina, com principio más o menos inspirador de algunos valores morales o de algunos aspectos de la vida, pero nunca como el centro de la propia existencia... La unidad de los cristianos, como signo y forma visible de la presencia del Espíritu, es condición de posibilidad del encuentro con Dios (cf. Jn 17, 20-23). Por ello, toda ruptura en la comunión eclesial afecta a la fe en el Dios de Jesucristo», sobre todo en medio de una cultura secularizada como la nuestra donde tan fácilmente se acepta la ruptura de la conexión entre la experiencia religiosa cristiana y la verdad. (Pero esta aceptación no se da *fuera* de la Iglesia, sino en la misma Iglesia) [53].

Por esto cuando los Obispos hoy, en las actuales circunstancias, insisten y promueven tan vivamente la comunión no es por razón estratégica que

52 J. Ratzinger, *Iglesia, ecumenismo...*, p 16.
53 J. Martínez Fernández, 'El pensamiento...', pp. 209-210.

busca, ante las dificultades y ante la pérdida de relevancia social, aparecer más sólida y compacta, con mayor poder y fuerza para luchar frente a otros poderes; no es tampoco porque la Iglesia en «tiempos de invierno» se repliegue sobre sí misma a sus cuarteles buscando el abrigo de la inclemencia; ni es porque tema o rechace al mundo y a la cultura actual, no acepte el pluralismo o evite el diálogo.

La insistencia en la comunión radica en razones teológicas, en la autoconciencia renovada del ser y de la misión de la Iglesia, en la toma de conciencia que la Iglesia tiene de su responsabilidad para con el mundo, de sentirse enviada a él para servirle ofreciéndole los dones de la salvación y comunión que ella ha recibido y no le pertenecen en exclusiva puesto que están destinados a ser para todos y de todos. Una Iglesia de comunión es una Iglesia de misión. Y, por ello, cuando en la actualidad nuestros pastores nos convocan a todos los cristianos a la evangelización es cuando más, al mismo tiempo, se trata de fortalecer efectivamente la comunión. Una Iglesia de diálogo, una Iglesia de apertura, una Iglesia solidaria y servidora de los hombres no puede ser más que una Iglesia de comunión. Una Iglesia que ofrezca luz y esperanza a los hombres de nuestra sociedad, inmersos en una cultura que en tantos aspectos está mostrándose incapaz de dar razones para vivir y morir a esos hombres, no puede ser sino una Iglesia de comunión. Una Iglesia de comunión no teme un mundo pluralista, aunque el pluralismo de nuestros días presente tantos flancos de debilidad y fractura para lo verdaderamente humano; una Iglesia de comunión es, precisamente, la condición de posibilidad de que la Iglesia no se repliegue en el ghetto, no se sectarice, no se recluya en un mundo estrictamente sobrenatural sin incidencia en el hombre concreto, pero tampoco se diluya ni se nivele en una cultura pluralista y astillada. Una Iglesia de comunión no es una Iglesia de uniformidad, de decisiones arbitrarias y autoritarismos que ahogan la libertad de sus miembros; al contrario la comunión es la condición de posibilidad de la pluriformidad de los dones y carismas suscitados por el Espíritu que es quien opera la comunión de la Iglesia. Una Iglesia de comunión es una Iglesia testigo y sacramento de la verdad que nos hace libres y de la que no podemos disponer porque nos precede, como el sol precede a la luz; es una Iglesia que capacita a los creyentes para hacer del acontecimiento de Cristo y de la experiencia cristiana de Dios el horizonte de interpretación y de realización de lo humano.

A medida que la «conciencia colectiva de ser Iglesia nos gane un poco a todos, antes que ninguna otra cosa, será posible eliminar la excesiva disgregación de nuestra Iglesia española en grupos, tendencias, filiaciones incontaminadas y supervaloradas que se excluyen unas a otras, como si cada una de ellas pretendiera ser la única Iglesia verdadera o, por lo menos, la

única realización verdadera y autoabastecida de la Iglesia [54]. En esa misma medida seremos una Iglesia evangelizadora y servidora de los hombres. Un camino imprescindible para ello es —como ha hecho el Concilio y ha sucedido en todo tiempo de renovación— un *«retorno a las fuentes», un retorno a la identidad católica plena, de modo que la verdad íntegra de la experiencia cristiana se ofrezca, de nuevo, como horizonte de comprensión del hombre y del mundo»* [55], como verdad que ilumina y salva. Es aquí, en este contexto preciso, donde debemos situar el catecismo *Esta es nuestra fe* que, a su vez, se encuentra en total sintonía y en la misma lógica de transmisión de la fe que los dos catecismos primeros de la comunidad cristiana, *Padre Nuestro* y *Jesús es el Señor* [56].

4. El catecismo «Esta es nuestra fe» desde la situación cultural descrita

4.1. *Retorno a las fuentes*

El catecismo *Esta es nuestra fe,* en efecto, quiere ser, es, un «retorno a las fuentes». Retorno que hay que interpretar no como una vuelta al pasado, ni como una recuperación de textos y documentos de los primeros tiempos del cristianismo más próximos a los orígenes. En la concepción de este catecismo no está solamente un recurso mayor a los textos bíblicos, litúrgicos, patrísticos o del magisterio de la Iglesia. No se trata simplemente de una utilización abundante de los cuatro lenguajes o «fuentes» ya clásicos en la reflexión catequética a partir de la década de los cincuenta. Es verdad que todos esos lenguajes o fuentes están ampliamente utilizados y, además, de forma muy adecuada. La «narratio» de la obertura del catecismo puede ser un espléndido testimonio de esa adecuada utilización.

Cuando aquí hablo de «retorno a las fuentes» y lo aplico a nuestro catecismo estoy pensando directamente en el Concilio Vaticano II y en la consideración y tratamiento que hizo del tema de las fuentes de la Revelación. El Concilio propiamente habla de «la fuente» de la revelación; trasciende el problema planteado en la teología sobre si la Sagrada Escritura y la Tradición son dos o una sola fuente de la Revelación y afirma que tanto una como otra, estrechamente unidas y compenetradas, «manan de la misma

54 «Es necesario una espiritualidad nueva. Un rasgo de esta nueva espiritulidad es la humildad institucional, la unidad en la comunión„ la eclesialidad sacramental por encima y por delante de todas las demás diferencias secundarias y contingentes» (F. Sebastián).

55 J. Martínez Fernández, 'El pensamiento...', p. 210.

56 Cf. A. Cañizares, 'Nuevos catecismos de la comunidad cristiana para la infancia: «Padre Nuestro» y «Jesús es el Señor», de la Conferencia Episcopal Española', en *Teología y Catequesis* 1-2 (1983) 137-185.

fuente, se unen en un mismo caudal, corren hacia el mismo fin» [57]. Podemos decir que «solamente la revelación misma es, hablando en propiedad, fuente, una fuente en la que bebe incluso la Escritura» [58]. Cristo es esa revelación y, por tanto, esa fuente; y la Iglesia, en cuanto es por el Espíritu permanencia duradera de Cristo que atraviesa los tiempos y su pléroma, mantiene vivo y permanentemente activo el caudal que de esa feunte brota. Volver a las fuentes es volver a Cristo en y por medio de la Iglesia, con la Iglesia, con ese sujeto histórico y organismo viviente receptor de la revelación de Dios (de la fuente y caudal de la revelación), en cuya acogida se hace perceptible al hombre la condescendencia divina bajo forma de revelación. Volver a las fuentes es volver a la Iglesia como unidad y totalidad, como único sujeto vivo de la acogida de la revelación y, por ello, como espacio que atraviesa los tiempos y comprende en sí, donde se hace perceptible al hombre esa revelación.

Esto es tenido muy en cuenta en el catecismo *Esta es nuestra fe* como «Libro de la fe que recoge el anunico cristiano y la experiencia de fe vivida por la Iglesia»; libro en el que la Iglesia en España por el ministerio de sus obispos en comunión con el Papa, ofrece de manera autorizada y auténtica la riqueza de la revelación y de la fe que la acoge «a fin de que sea legible y significativa para los que caminan hacia la madurez cristiana» [59].

Los Obispos españoles al hacer la «traditio fidei» en el catecismo *Esta es nuestra fe* la hacen conforme a la lógica interna de la transmisión de la fe propia de la estructura catecumenal constitutiva de la iniciación cristiana. La hacen en fidelidad y comunión, sin fractura de ningún orden, con una trasmisión de la fe como estructura fundamental sacada de las fuentes de uan tradición total, o lo que es lo mismo, de la fe común a la Iglesia de todos los tiempos. Esta entrega o trasmisión de la fe está destinada a que los fieles crean como cristianos, crean con la verdadera fe, crean con toda la Iglesia en camino —sincrónica y diacrónicamente—, acepten su ayer y lo sepan abierto al mismo tiempo hacia su mañana. Este catecismo, concebido desde estas perspectivas, está llamado a contribuir a que los cristianos españoles realicen su fe en el sujeto histórico y transtemporal Iglesia; a que relativicen cualquier hoy como definitivo y absoluto y como aislamiento del todo orgánico que es ese sujeto único de la fe, la Iglesia de todos los tiempos; y a que sea reconocido ese hoy como una parte en la gran historia total de la fe que debe medirse en lo ya recibido y permanecer abierto de cara al futuro a la conducción del Espíritu.

57 DV, 8.
58 J. Ratzinger, 'Transmisión de la fe y fuentes de la fe', en *Actualidad Catequética* 112-113 ,1983) 208.
59 Cf. CC, 233.

En correspondencia, los Obispos presentan «nuestra fe, la fe de la Iglesia» como un todo orgánico en sí. No en el sentido de un conjunto o sistema coherente bien trabado y cerado en sí mismo; lo cual no pasaría de ser el ofrecimiento de una ideología más en la feria o mercado de las ideologías. No en el sentido de una reflexión teórica abstracta que se ofrece como alternativa a otros planteamientos teóricos de respuesta al hombre. Sino en el sentido de la unidad del sujeto «Iglesia», sujeto histórico vivo, que atraviesa los tiempos, en el que se hace perceptible la verdad del hombre que es la verdad de Dios, e invita a caminar con él y en él para poder vivir la verdad del hombre hoy en apertura al futuro. No es un catecismo para una ortodoxia que reclame el asentimiento a un sistema, sino para una ortodoxia que es «participación en el caminar de la fe y de esta manera participación en el Yo de la Iglesia que subsiste viva a través del tiempo y es sujeto del Credo» [60]. Los Obispos, al ofrecer a sus comunidades, por el catecismo *Esta es nuestra fe,* «un conjunto que constituye 'regla de fe' y orientación básica de la catequesis» [61], al ofrecernos a todos la experiencia de fe confesada y vivida por la Iglesia, nos están ofreciendo la posibilidad de vivir desde la certeza de la vocación del hombre —de nuestra vocación— revelada en Cristo y de hacer vida esta certeza; están ofreciendo la posibilidad de vivir las experiencias fundamentales del «Yo» de la Iglesia —experiencias fundamentales de la verdad y vocación del hombre— «tal como se realizan centralmente en la comunión eucarística y en el común decir Padre de los creyentes con Cristo a Dios» [62].

Los Obispos con este catecismo, en todo su conjunto, al proponernos «la fe de la Iglesia», por «un retorno a las fuentes», nos están proponiendo a la Iglesia misma en su fe, nos están proponiendo que unamos nuestras voces con la única voz con la que podemos decir «creo», que es la voz de la Iglesia. Nos están proponiendo así, como dijimos más arriba, ese *sujeto histórico* que, porque tiene una fuente de vida más allá de las coordenadas y condicionantes culturales de nuestra sociedad —en la Revelación— es capaz de trascender sus contradicciones, y de ofrecer esperanza a los hombres y mujeres de nuestro tiempo tan necesitados de ella. Por todo ello el catecismo, en este retorno a las fuentes, está llamado a ser un instrumento de renovación de la autoconciencia de la Iglesia, de renovación de su vida en estas personas, y en sus instituciones, de modo que puedan ver en ella los hombres de hoy algo nuevo y diferente que les lleve a creer en Dios y buscar en él la plenitud de sus vidas. Verlo de otra manera sería, a mi entender, una desfiguración de la verdaera identidad e intencionalidad profunda de este catecismo.

60 Comisión Teológica Internacional, *El pluralismo teológico* (Madrid 1976) p. 30 (tesis IV).
61 CC, 233.
62 J. Ratzinger, *Iglesia, ecumenismo...*, p. 93.

Este retorno a las fuentes, en el sentido dado, supone, además, en el catecismo, una lectura de la Sagrada Escritura hecha por y para la catequesis en su espacio vital en que ha surgido y en el que tiene vida; «la Iglesia en su conjunto, que vive en la estructura de la sucesión apostólica, centrada en el ministerio petrino, es la morada donde la Biblia es vivida e interpretada con autoridad» [63]. El catecismo *Esta es nuestra fe* es un acto de Tradición por el ministerio de sucesión apostólica, que lleva a la unidad de la proclamación de la fe (y la exige) en la catequesis, superando cualquier fragmentación en la misma. Al presentar la fe de la Iglesia como un todo orgánico en sí y no como reflejos seleccionados de experiencias antropológicas va a conducir a una catequesis que ve a la Sagrada Escritura como caudal de revelación y de vida, como testimonio de esa revelación y como fuente de vida y no como una «referencia» que progresivamente pueda llegar incluso a ser opcional o que puede fragmentarse conforme a las experiencias, hechos o pensares seleccionados. La forma de presencia de la Sagrada Escritura en este catecismo —al situarla en esa mónada o espacio vital propio donde es vivida e interpretada con autoridad— no permitirá ni las lecturas «espontáneas» de la misma ni su uso subjetivo e inmediato sin otro intermediario que el método histórico. Comprendida la Biblia dentro del organismo vivo de la Iglesia, el catecismo *Esta es nuestra fe* va a contribuir a que los fieles lean la Biblia, desde la certeza de la fe eclesial, en su unidad: unidad interna, unidad con al Tradición total, unidad con la fe de la Iglesia. De esta manera contribuirá a superar esa «desintegración de la Biblia», a veces presente en algunas catequesis, «para dejar paso a una Biblia reconstruida tal como «debía ser» a partir de un dato o de la clave hermenéutica que resulta más importante que la fuente misma» [64].

El catecismo, además, tiende y contribuye a superar de manera clara y decidida la propensión hacia una relativización de la verdad revelada, muy hija de nuestro tiempo, que se advierte, a veces, en algunas catequesis. Por esto trata de que la *cosa misma* de la fe hable por sí misma, en tanto que ella por sí misma habla. Lo que supone la certeza de la fe y la confianza clara y precisa en la fe, en el objeto o cosa misma de la fe que nos ha sido revelada, dada de manera irrevocable, y de la que no podemos disponer. El catecismo *Esta es nuestra fe* se sitúa en ese quicio o deber imperioso que la tarea catequética tiene de «encontrar el lenguaje idóneo que le permita realizarse como acto de comunicación y, más en concreto, como acto de comunicación de la *fe eclesial*» [65], donde se conjugan armónicamente el lenguaje propio de la fe y la adaptación del lenguaje al destinatario.

63 J. Ratzinger, *Teoría de los principios teológicos* (Barcelona 1985).

64 Comisión Episcopal para la Doctrina de la Fe, 'Informe sobre algunos aspectos de la situación doctrinal de la Iglesia en España (26 mayo 1988)', n. 5 *(Boletín Oficial de la CEE,* 14 Junio 1988, 113).

65 CC, 140.

La misma naturaleza de la fe (a cuyo servicio se encuentra este catecismo) que es teologal en su origen y término, y eclesial en su ejercicio, reclama que la fe sea confesada en un lenguaje. No hay fe sin lenguaje; este lenguaje es un lenguaje eclesial. La catequesis siempre, y hoy de manera especial, se ve urgida por la necesidad de que los cristianos puedan expresar eclesialmente su fe personal, puedan decir y profesar su fe que es la fe de la Iglesia; y ello no es posible sin un lenguaje propio que es el de la fe, en el que los creyentes se reconocen a sí mismos como tales, se expresan y se comunican» [66]. «Ser cristiano es, entre otras cosas, insertarse —todo lo libre y personalmente que se quiera— en la fe del Pueblo de Dios que se trasmite de generación en generación. Pero la *comunidad de fe* implica esencialmente *comunidad en el lenguaje,* al menos en un mínimo de lenguaje que guarde la comunidad en la fe» [67].

Es ese lenguaje propio de la fe el que nos entregan los Obispos con este catecismo concreto que comentamos. El catecismo constituye así un medio que está al servicio de una comunión en el lenguaje bíblico de fe y de esta manera sirve a la comunión eclesial misma. Pero además, este catecismo, com instrumento de tradición total y compendio sistemático y orgánico de la verdad revelada, recoge e incorpora los distintos lenguajes con los que la Iglesia, una y única, trata y expresa su único lenguaje de la fe. Todas las formas del lenguaje de la Biblia y de la tradición, en complementariedad e interdependencia mutua, y sin reducirla a una sola forma, están presentes en el catecismo *Esta es nuestra fe:* «el relato de los acontecimientos salvadores, la *confesión* de fe, la doxología, el himno, la bendición, la acción de gracias, la súplica, la promesa, el mandamiento y la exhortación, las fórmulas de alianza, las proposiciones asertivas que describen o definen conceptos o realidades de la fe...» [68]. El lenguaje bíblico, como fuente inexhaurible de todo otro lenguaje eclesial; «el lenguaje litúrgico y oracional del Pueblo de Dios que, impregnado por la Palabra de Dios, alaba, suplica, agradece, contempla...; el lenguaje testimonial de los mejores frutos de la cosecha que la Palabra de Dios produce en la Iglesia, que son los santos, y el lenguaje comunitario que expresa con las mismas palabras y términos idénticos conceptos garantes de comunión de lo que se profesa y vive a partir de una misma y única Palabra de Dios y que llamamos lenguaje magisterial» [69]. Y todos ellos en armonía expresando la «verdad sinfónica de la fe» [70], en conexión con el organismo vivo de la Iglesia, y posibilitando que cada cristiano, junto con los demás, esté en condiciones de expresarse y expresar el «nosotros» común de la fe y de este modo entonar

66 CC, 140.
67 CC, 143.
68 CC, 149.
69 F. Ferrer, 'Estructura y dimensión...', 34.
70 H. Urs von Balthasar, *La verdad es sinfónica* (Madrid).

ese cántico nuevo del que nos habla la Escritura que es la sinfonía de todos los seres y lenguajes que proclama la multiforme gracia de Dios manifestada en Jesucristo.

Al entregarnos el lenguaje único de la fe en su pluriforme manifestación, el catecismo no sólo no coarta la libertad y la creatividad de los que sean catequizados apoyados en este catecismo, sino que la posibilita, la reclama y exige para que cada uno pueda decir su fe como fe de la Iglesia, pueda decirse a sí mismo como creyente hoy dentro de la Iglesia, y pueda unir su propia e intransferible voz a ese canto único de la única Iglesia. El catecismo, en lugar de conducir a la uniformidad es instrumento que propicia la pluriformidad de la riqueza de la diversidad de la misma y única Iglesia.

Por otra parte, al incorporar todos estos lenguajes y al hacerlo desde la unidad y conexión que tienen entre sí en el sujeto histórico de la Iglesia, ayuda a superar formas de catequesis que se han dado o se dan, hechas, inmediata, directa y exclusivamente a partir de la Biblia sin pasar por el dogma, o hechas directamente a partir del dogma recurriendo a la Escritura como apoyo y argumento de autoridad. Contribuye, de esta manera, a superar una catequesis positivista y empírica que es incapaz de iluminar y animar la vida del creyente, de integrar experiencia humana y fe, porque en el fondo ha separado ese lenguaje de su sujeto que es la Iglesia y lo ha reducido a texto.

El catecismo, en definitiva, está orientado a capacitar a los cristianos, a través del proceso catequético pertinente, a que digan hoy la fe de la Iglesia. Hace la entrega de la «regla de la fe» para que digan hoy esa fe, no de manera repetitiva, anclada en un ayer, ni de una manera neutra, sino de una manera viva y concreta. Al hacer la entrega de la fe en su lenguaje o lenguajes de ese sujeto histórico y concreto que los dice, la Iglesia, el catecismo ni cae en la atemporalidad o en la abstracción ni se reduce a un adoctrinamiento tendente a la afirmación numantina de la Iglesia en sus miembros mediante el mantenimiento de una uniformidad en sus doctrinas, en su lenguaje, en sus comportaimentos idénticos en todas las partes. Al contrario, esta entrega o «traditio» del catecismo está destinada a personas concretas, que recibiendo lo «dado» en él, la «regula fidei», en la situación concreta en que viven con toda la realidad cultural de nuestro tiempo, puedan experimentar cómo la confesión cristiana sigue siendo hoy fuente de inspiración y de vida, de acción y de esperanza.

El catecismo *Esta es nuestra fe* nos urge, de este modo, a una catequesis que ayude a los cristianos a que «vean y experimenten», entiendan, conozcan, sapiencial y vitalmente, el mensaje de la fe, a que lo expresen con sus propias palabras, a que se expresen ellos, desde esa fe hoy, y a que den razón de él en el mundo actual que nos pide explicaciones y razones de nuestra fe, porque, en el fondo, demanda razones para vivir y esperar.

«En todo momento hay que dar razón de la propia esperanza, de la fe que nos anima, y esto no es posible sin una formación cristiana adecuada, cometido propio de la catequesis. Pero, además, sin la objetividad de la fe no es posible ni viable una formación cristiana adecuada; y sin esa objetividad la catequesis está abocada al fracaso... Sin un lenguaje común objetivo eclesial de la fe, sin un conocimiento fundado y objetivo de la Palabra de Dios y de su actualización incesante en la Tradición viva de la Iglesia, sin una expresión inteligible, sin una comprensión razonable, sin una inteligencia fiel, firme y renovada de lo que nos es dado por la Revelación y entregado por Tradición —de lo cual no podemos disponer—, la catequesis está abocada a la esterilidad, deslizándose en un pietismo vacío, en un evangelismo vaporoso o en un actividismo de mera praxis. Ser cristiano reclama urgentemente un conocimiento y un saber razonado de la revelación divina, acogida y actualizada en la Iglesia, llevado a cabo mediante el estudio, inteligencia y exposición fiel y fundada de dicha revelación a través de la catequesis» [71]. Y este es, a mi entender, uno de los servicios que pretende y está llamado a prestar el catecismo *Esta es nuestra fe* en la actual situación española.

4.2. *Para una identidad católica como camino para una Iglesia evangelizadora*

Este catecismo, por todo lo anteriormente expresado, conduce o está en íntima vinculación con la aspiración a una identidad católica plena como camino imprescindible a una Iglesia evangelizadora —luz y sal—, de los hombres y mujeres de nuestro tiempo. Es necesario tener en cuenta en este punto que la identidad cristiana se origina en el bautismo, «tiene su origen en la gracia del Bautismo, que echa los cimientos de una nueva existencia» [72].

«Si queremos que la catequesis responda a una Iglesia en estado de misión tendrá que impulsar una catequesis que ayude a los cristianos a asumir el Bautismo recibido y fortalezca en ellos su identidad bautismal. Recobrar el sentido del Bautismo es tarea ineludible para la presencia en el mundo de una Iglesia con identidad y misionera. No hay identidad cristiana, ni Iglesia con identidad y en misión sin bautismo. El Bautismo es el sacramento de la fe y de la vida nueva, es el sacramento primario de la conversión y del perdón de los pecados. Por el Bautismo se instaura la vida reconciliada en el seno de la comunidad cristiana. La Iglesia es la comunidad de los hombres reconciliados, reconciliados con Dios, entre sí y consigo mismos. Para ello hay que cambiar de mente y de vida, recuperar la li-

71 A. Cañizares Llovera, 'Tareas abiertas para la catequesis tras el Congreso Nacional de Catequistas', en *Teología y Catequesis* 19 (1986) 455.
72 CC, 160.

bertad frente a todas las cosas de este mundo, relativizarlas, devolver teórica y prácticamente su primacía a Dios, a las cosas espirituales, al mundo futuro de la salvación, reconstruir desde ellas el verdadero orden mundano y la verdadera justicia. Aquí radica la fuerza y la novedad del Evangelio, el poder convincente de nuestra evangelización y el atractivo del testimonio personal y colectivo» [73].

No podemos entender adecuadamente —ni por tanto utilizarlo como reclama— el catecismo *Esta es nuestra fe* si no lo situamos en la perspectiva de la iniciación cristiana integral, dentro de un horizonte catecumenal, al servicio, por tanto, de la identidad cristiana católica. A veces nos da miedo hablar de esa identidad por todas las connotaciones negativas que pueda entrañar por parte de posturas integristas. Pero es necesario referirse a ella. Y para evitar toda connotación negativa es necesario referirla, como acabamos de apuntar, a la iniciación cristiana, a los sacramentos de iniciación donde se origina, se desarrolla y madura [74]. Pues bien, nuestro catecismo es claramente un catecismo de iniciación cristiana o para posibilitar los distintos caminos o procesos de la iniciación cristiana y el mejor lugar para situarlo es la estructura catecumenal que, de alguna manera, es parte constitutiva en los sacramentos de iniciación [75].

Los Obispos, a quienes corresponde por ministerio en la Iglesia, la responsabilidad, la orientación, las etapas, las enseñanzas, etc. de la iniciación cristiana y del catecumenado, han ofrecido a las comunidades cristianas un catecismo que ha de comprenderse dentro de la estructura catecumenal y ha de ser asumido y entregado por los diferentes catecumenados que, fundamentados en él, se establezcan. Creo que no resulta exagerado afirmar que no debería haber proceso de iniciación cristiana ni catecumenado que no lo asumiese y entregase, por el proceso catequético pertinente, a las diferentes personas y grupos catecumenales. Si la Tradición tiene una expresión sacramental en el ministerio de la sucesión apostólica [76], y la iniciación cristiana es espacio o ámbito privilegiado de esa «traditio», corresponde a los Obispos ejercer de la manera que corresponda esa «traditio» en el proceso de iniciación cristiana. Por eso cuando los Obispos españoles han hecho este ejercicio concreto de «traditio evangelii in symbolo» que contituye el catecismo *Esta es nuestra fe* en orden a la iniciación y maduración de la fe de sus comunidades parecería un contradecir lo que esto significa que los distintos procesos catequéticos de iniciación cristiana, cate-

73 A. Cañizares Llovera, 'Tareas abiertas...', 448.
74 Cf. en un próximo número de *Teología y Catequesis,* A. Cañizares, 'Los sacramentos de la iniciación cristiana'.
75 Cf. J. Ratzinger, *Teoría de los principios teológicos* (Barcelona 1985) 39-42.
76 Cf. J. Ratzinger, *Iglesia, ecumenismo...,* 87.

cumenado, hiciesen caso omiso de este catecismo o lo relegasen a un plano muy secundario.

No podemos olvidar asimismo que este catecismo, aunque no tenga unos destinatarios concretos marcados por la edad pues su destinación a la infancia adulta no resulta clara, forma una unidad, como ya dijimos, con los dos anteriores catecismos, y con ellos pretende proporcionar síntesis de fe que permitan a los catequizandos al término del itinerario catequético, «integrarse personal y conscientemente, de acuerdo con las posibilidades de su edad y de su madurez espiritual, en la comunión eclesial» [77].

El catecismo *Esta es nuestra fe* constituye, en su conjunto, una iniciación orgánica, ordenada y sistemática al conocimiento de la Revelación y a las diferentes dimensiones de esta revelación, que Dios mismo ha hecho al hombre en Jesucristo, revelación conservada en la memoria profunda de la Iglesia y en las Sagradas Escrituras y comunicada constantemente mediante una tradición viva y activa, de generación en generación. «Esta revelación no está aislada de la vida ni yuxtapuesta artificialmente a ella. Se refiere al sentido último de la existencia y la ilumina ya para inspirarla, ya para juzgarla a la luz del Evangelio» [78]. Este catecismo tiende a que, mediante el proceso catequético concreto, se alcance la identidad cristiana que comporta: el reconocimiento de Dios como Padre; la confesión de Jesús como Señor; la experiencia del Espíritu Santo como vivificador; la incorporación sacramental a la Iglesia, la Católica y apostólica, por la que participamos de la vida nueva del Señor Resucitado por el Espíritu y es el ámbito de la confesión de la fe, de la plegaria y de la realización histórica de la comunidad escatológica fraterna; la realización, por el mismo Espíritu y en este ámbito nutricio de la Iglesia, del cristiano, hombre nuevo que, desde su inserción en Cristo por la Iglesia, se entrega a la construcción del Reino en el seguimiento del mismo Jesús, viviendo el cumplimiento de la voluntad de Dios expresada en el Decálogo y las Bienaventuranzas, programa y retrato de Jesús, pautas de realización de un hombre nuevo de horizontes abiertos a la vida; y la participación plenamente de la vida definitiva en Dios cuando todo sea consumado por la acción del Espíritu y entregado por Cristo al Padre. Todo esto es lo que desarrolla, en último término, el catecismo *Esta es nuestra fe,* enteramente trinitario y eclesial como la fe bautismal.

4.3. *Refleja las dimensiones esenciales de la existencia cristiana*

El catecismo *Esta es nuestra fe,* dentro de esta clave catecumenal al servicio de la identidad católica plena y de la unidad interna que hay

77 Comisión Episcopal de Enseñanza y Catequesis, 'Los proyectos de los catecismos de la comunidad cristiana', en *Actualidad Catequética* 110 (1982) 624-25.
78 CT 22.

entre palabra y organismo que la trasmite, refleja en su misma estructura catequética las dimensiones esenciales de la existencia cristiana, «una estructura catequética cuyo núcleo se remonta a los orígenes de la Iglesia» [79]. Se trata de la síntesis del material que hay que confiar a la memoria indispensable a la fe y que, al mismo tiempo, refleja los elementos vitalmente indispensables a la Iglesia: el símbolo de los Apóstoles, los sacramentos, el Decálogo (y las Bienaventuranzas), la oración del Señor [80].

El catecismo *Esta es nuestra fe* conlleva una iniciación a una experiencia genéricamente religiosa y teologal, que se expresa a través de la oración y de la celebración litúrgica, reclama una catequesis que esté unida a la celebración litúrgica y sacramental y eduque para una activa y consciente participación en la liturgia. Como se ha dicho de él, es un catecismo de aliento religioso, porque, de hecho, «cuando un texto invita a menudo a la oración es porque transmite un sutil aliento religioso en sus páginas» [81]. oracinó es porque transmite un sutil aliento religioso en sus páginas» [81]. Por esto, y no podría ser de otra manera en un catecismo vinculado a la iniciación cristiana en la situación actual, el catecismo *Esta es nuestra fe* busca muy principalmente suscitar la experiencia de Dios como Dios, como lo único necesario, y despertar el sentido de la iniciativa divina, de la gratuidad, de lo dado, que habla de Dios para que le demos gloria.

Asimismo lleva a una catequesis que inicia en una vida conforme al Evangelio, en el ejercicio de las actitudes y comportamientos propios de una vida nueva en Cristo Jesús, en el seguimiento de Jesucristo. Incluye esa enseñanza moral que también pertenece a la profesión y regla de la fe [82].

El catecismo *Esta es nuestra fe,* en resumen, introduce en una experiencia cristiana integral, conduce a la confesión católica de fe, inserta orgánicamente en la vida de la comunidad eclesial.

4.4. *Ofrece la verdad íntegra de la experiencia cristiana como horizonte de comprensión de la Iglesia y del mundo*

De este modo el catecismo *Esta es nuestra fe* ofrece de nuevo la verdad íntegra de la experiencia cristiana como horizonte de comprensión del hombre y del mundo. No es, en efecto, un catecismo que incorpora de modo general experiencias antropológicas explícitas y sin embargo está destinado a la catequesis en la que la experiencia humana entra en el proceso

79 Cf. J. Ratzinger, *Transmisión de la fe...*, 211.
80 Cf. J. Ratzinger, *Transmisión de la fe...*, 211.
81 F. Ferrer, 'Estructuras y dimensión...', 47.
82 Cf. CC 230, nota 3.

catequético por derecho propio... El catecismo responde a una necesidad de quien busca o pide. El catecismo evoca desde sus respuestas de fe los interrogantes o las experiencias antropológicas. Es un catecismo que, desde la confianza y certeza gozosa de la propia fe, intenta ofrecer al hombre de hoy honestamente la experiencia de esa fe, de la relación con Dios, vivida y formulada desde ella misma, en toda su originalidad y plenitud, con la firme convicción de su capacidad para dar razones para vivir y morir, para esperar, al hombre de hoy y con la entrañable persuasión del valor humanizado y que esa fe tiene para otros hombres. La experiencia de la fe en Cristo, y en Dios vivo, tal y como nos la entrega el catecismo vivida y confesada por ese sujeto histórico que es la Iglesia Católica de todos los tiempos, ¿no crea acaso su propia interpretación de la realidad y de la vida, capaz de presentarse ante el mundo con su propio esplendor, su propio atractivo y hasta su propia racionalidad interior?

El catecismo *Esta es nuestra fe* desarrolla el mensaje central de Cristo y de la Iglesia que proclama ante el mundo la soberanía absoluta del Dios vivo. Todo el catecismo es profundamente teocéntrico y teologal, no sólo en aquellas páginas que se refieren a la exposición del artículo de fe «Creo en Dios Padre». En su conjunto y a lo largo de todas sus páginas nos muestra al Dios vivo, que está en el principio y en el fin de las cosas, que tiene la iniciativa de la creación y de la salvación y en el que está el juicio inapelable de nuestras vidas y de nuestras obras; y enseña que fuera de Dios no hay sobre la tierra ningún otro poder al que debamos someter nuestra vida ni del que podamos esperar la salvación. A través de sus páginas nos muestra que el fundamento último de realización del hombre es únicamente el reconocimiento de Dios como fuente de vida, inspirador de nuestros comportamientos y juez supremo de la vida y de la historia.

El catecismo, orientado a descubrir y vivir la realidad del Bautismo y a cultivar y afianzar la identidad específica de los fieles como miembros de la Iglesia, intenta capacitar a los cristianos para que confiesen y testifiquen ante el mundo su vocación y, de este modo, ayuden a que los demás hombres sus hermanos descubran el *sentido* de su existencia, ya que el logro o la «suerte» de todo hombres está estrechamente unida a Cristo. Un catecismo tan hondamente teologal como éste no puede ser nada más que un catecismo profundamente antropológico. Su actualidad y su valor, por ello, para el hombre son de gran calado en estos tiempos en que los hombres de nuestra sociedad parecemos empeñados en eclipsar a Dios, a costa también del hombre. Su significado genuinamente religioso está estrecha e indisolublemente vinculado a su relevancia para las preguntas e inquietudes del hombre, concretamente en la situación actual en la que el hombre anda tan necesitado de genuina y nueva humanidad.

Conclusion

Al final de esta reflexión, que considero como un mero esbozo, podemos decir que nos encontramos ante un catecismo nuevo para las situaciones nuevas en las que se encuentra la Iglesia y la sociedad española. Un catecismo que está llamado a ser y a inspirar la catequesis en España en el umbral del tercer milenio de la fe cristiana y a formar cristianos, que, gozosos de serlo, estén en condiciones de afrontar la urgente evangelización de nuestro país y de dar razones para esperar a sus hermanos.